

método empleado por el jesuita Ricci, para influir en costumbres tan arraigadas como las costumbres chinas, y en Imperio tan misterioso como el Celeste Imperio. Grande tentacion para estos apóstoles con mezcla de aventureros el saltar la muralla ideada por seculares y antiguos recelos para sorprender los misterios de una religion cercana de suyo al seno de la naturaleza y cristianizar unas castas en las cuales dominaba el antiguo espíritu asiático y las ideas teológicas engendradas en las entrañas mismas de aquella vieja tierra ó bajadas como gotas de lluvia del seno de su atmósfera. Ricci es el tipo acabado, mas aun que San Francisco Javier, de la propaganda jesuítica. Deseoso naturalmente de sorprender y sojuzgar aquella sociedad con delicadezas de cultura y achaques de barbarie, descibióse la vestimenta de jesuita y ciñóse la vestimenta de mandarin. El austero hijo de Loyola, envuelto como un cadáver en su negra sotana, mortaja mas que vestimenta, ciñóse los multicolores trajes y las vistosas insignias del mandarin chino. Y conociendo cómo las ciencias privaban allí, entre aquellas gentes, comenzó por propinarles enseñanzas matemáticas para concluir por propinarles enseñanzas religiosas. El cielo era el libro de tales razas y al cielo mismo les convirtió sus ojos, á fin de que allí estudiasen como un proemio de las revelaciones evangélicas. Convencido profundamente de que necesitaba muchas trazas antes que muchas ideas para persuadir á los pueblos que viven allá en los albores de la historia y en los confines del Oriente, dijo como su Evangelio no era un original y singular libro, sino la renovacion de los libros antiguos de Confucio. Moral sencilla, teología positiva, espíritu práctico; hé ahí las grandes cualidades reconocidas por la historia en el revelador asiático. Y los jesuitas idearon un sistema en consonancia completa y en relacion estrechísima con todos estos caracteres históricos de una obra verdaderamente secular. Los ritos antiguos mezclábanse á los ritos cristianos; la idea de un Dios sin el complemento de la Trinidad ni las jerarquías de los ángeles surgía del seno de todas aquellas sus afirmaciones como dogma comun á todos los cultos; buscábase mas la virtud moral que la verdad dogmática; y se concluía, sin decirlo, en que una vida de pureza y un hábito continuo de practicar el bien concluyen por allegar tanto la salud eterna como la salud temporal á los hombres verdaderamente religiosos. Así es que la escuela jesuítica no tenia escrúpulo, cuando se lo aconsejaba

la necesidad de su propaganda y se lo imponía el deber de su apostolado, en buscar un fondo comun de doctrina, que conviniese á todas las religiones y que preparase á todos los religiosos para la profesion de las ideas y para la práctica del bien. Lo cierto es que llegaron á la corte misma del Emperador y tuvieron con él una gran privanza. Los calendarios chinos para el palacio imperial fueron redactados por los misioneros, quienes predicaban libremente, á cambio de tan claros servicios, la verdad evangélica. Chunt-Chi fué, por entonces, el verdadero protector de los jesuitas, quienes le amaestraron así en la astronomía como en la óptica europea, le proveyeron de cañones fabricados á nuestra usanza, y le dejaron mas de ciento cincuenta obras para su biblioteca, escritas todas ellas, en chino corriente. Necesitóse la febril actividad, la constante perseverancia, la increíble destreza, y hasta la perfidia misma de los jesuitas para entrar y residir allí, donde se consideraba crimen la extranjería y criminales á los extranjeros. Bien es verdad que aquellos hombres, tan desasidos del mundo en general, se asian á las prácticas de la region que habitaban con una grande y extrema flexibilidad. Tal sucedió en la India.

Cuando veian, y el ejemplo de Nobili testifica esta fundada observacion, que la igualdad cristiana solía repugnar á las altas clases, aceptaban las castas como cualquier hijo del Ganges; y se vestían de brahmanes como si fueran sacerdotes de la religion índica; y huían la sombra maldita de los párias como cualquiera de aquellos empedernidos y supersticiosos creyentes. Llegó, segun cuentan las relaciones del tiempo, la flexibilidad de los jesuitas al extremo de suministrar la Eucaristía por medio de instrumentos á los párias, y no por medio de las manos, para no contaminarse con ellos, como si el Supremo Hacedor no se hubiera contaminado con estos gusanillos de la tierra en el momento sublime de la Cena y no hubiera con ellos partido el pan ideal de las almas. Así, la triste habilidad de los jesuitas ganaba fácilmente adhesiones externas, que no podían llegar, no, á los senos internos del alma y deducía consecuencias verdaderamente contrarias á los principios evangélicos, los cuales no se cohonestan ni compadecen con las bárbaras desigualdades fundadas en cosa tan fundamentalmente igual como la naturaleza humana; y mucho menos con castas que derogan la identidad de origen y la identidad

de fin, aquí entre los hombres, proclamada por el Evangelio, que hace de la igualdad un dogma fundamental de sus doctrinas.

No solo en China, en el Nuevo Mundo también extendieron su influjo los jesuitas, merced á sus misiones. La sociedad del Paraguay fué una sociedad esencialmente jesuítica. Los hijos de San Ignacio la gobernaron á su antojo en justo premio al valor que habían mostrado y al riesgo que habían corrido, evangelizando tan apartadas regiones. Ciertamente que solo así podían las selvas inexploradas y las sociedades primitivas someterse al espíritu europeo. Sencillo patriarcado se instituyó como régimen de aquel extraño mundo. Severa disciplina se aplicó á la naturaleza de los indios. Tratáronlos como niños que necesitan dulce leche para nutrir sus tiernas almas. Las satisfacciones de la vida fueron de suyo tan modestas y sencillas como las necesidades de aquellos salvajes. Así, el arado abrió surcos en tierras antes incultas; el aprisco vino á sosegar los ganados antes sueltos é indómitos; la choza modesta y humilde substituyó á las ramas y á los troncos de los árboles, habitación primitiva de aquellas gentes selváticas; y los cánticos de la Iglesia resonaron donde solo resonaban los aullidos de la fetichista idolatría; los senos de aquella naturaleza exuberante admitieron la marca indeleble de una sociedad monástica. Parecía el Estado aquel una especie de antigua tribu india, y un presentimiento de la organización socialista. El jesuitismo había realizado lo que sueñan todos nuestros utopistas y había concluido con la concurrencia libre tan detestada por cuantos aspiran á una sociedad mecánica, donde mecánicamente se distribuyan las riquezas. Gozaba todo el mundo allí de la propiedad que tenía un carácter completamente comun. El suelo pertenecía realmente al Estado y se fraccionaba en porciones distribuidas á todas las familias. Llamábanse, pues, aquellos terrenos, para darles con el nombre propio un carácter sagrado, las propiedades de Dios. Todos tenían el deber de cultivar y conducir los productos del cultivo á los grandes almacenes públicos, donde se guardaban para proveer á las necesidades primeras de la comunidad. Los remanentes del consumo servían para la exportación como las materias transformadas por el trabajo y por la industria. Aunque los cargos públicos se desempeñaban por los indígenas, el supremo gobierno residía en los jesuitas.

Hemos descrito lo más importante del colosal trabajo que iniciara el jesuitismo á su nacimiento en el mundo, para extender y propagar su idea. Desde luego échase de ver que tiene la organización esta, mucho de los caracteres esenciales que tenía la organización romana en los últimos tiempos del Imperio. Así como entonces creyeron los latinos que bastaba un Emperador armado de todas armas, y una fuerte organización administrativa y otra fuerte administración militar para contender con la doctrina cristiana y con la irrupción germánica, también creyeron ahora los jesuitas que bastaba un Pontífice fortísimo en Roma y una milicia disciplinada y extendida por el mundo para contrastar el protestantismo y el germanismo que venían de nuevo á derramar por la tierra y por la conciencia una revolución religiosa, no menos profunda que la primera revolución cristiana. Cuando se mira con atención y con estudio por un ánimo imparcial y desinteresado el movimiento jesuítico, échase de ver que tiene los caracteres propios de esta raza latina esencialmente organizadora, militar, heroica, dotada con las virtudes indudables de la inteligencia y de la voluntad, pero ignorante por su desgracia del espíritu creador que tiene la libertad en su seno y de lo mucho que importa partir del interior de la conciencia para fundar una verdadera religión. Nunca tan oportuno como ahora parangonar este inmenso edificio verdaderamente latino de la Orden de Jesús con la rica y fecunda variedad germánica, propia de un saludable individualismo. Detengámonos ahora un momento, después de haber visto la obra esencialmente romana, que los latinos opusieron al germanismo y al protestantismo, detengámonos, decía, un momento, á considerar los caracteres de la raza germánica y así veremos con mayor claridad frente á frente, y en abierta lucha, el protestantismo y el catolicismo, el germanismo y el latinismo, en sus varias manifestaciones.

La raza germánica desempeña especialísimo ministerio en la sociedad moderna, como raza que ha creado en su alma y que ha traído á la vida el sentimiento y la idea de la individualidad, borrada en los antiguos Estados. Muchos escritores piensan y dicen que esta división en razas peca de falsa en sus fundamentos y de atentatoria en sus consecuencias, la unidad humana. Sin embargo, el estudio concienzudo de la historia prueba que ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por relaciones entre los pueblos y la

region que ocupan, relaciones tan estrechas como las del alma y del cuerpo en cada hombre, las tribus, las naciones se acercan, se funden y forman una raza natural á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo, para componer una verdadera nacionalidad. Y así como en nada contradice á la unidad de la naturaleza el que haya planetas y satélites, mundos y soles, cometas y aerolitos, en nada contradice á la unidad del género humano el que haya individuos, familias, tribus y razas. El medio natural, en que las razas se mueven, afecta de suyo al color de la piel y á la magnitud de los ojos y á los grados de ángulo facial; y la sociedad en que se crían afecta á su razon, á su conciencia, á su vida intelectual y moral.

Nada hay, nada tan estrechamente unido al espíritu como la palabra. Muchos filósofos han confundido la idea con la expresion de la idea y han proclamado la imposibilidad de pensar hasta secreta é íntimamente sin el auxilio del lenguaje. La teología cristiana ha llamado á la segunda persona de la Trinidad, al Dios-hombre, Verbo. Y la revelacion de las ideas que es para nuestras almas como el calor para nuestra vida, ha sido la revelacion eterna de la palabra. Es, por tanto, la palabra humana la mas intelectual, la mas espiritual de todas nuestras funciones naturales. Y la palabra se diversifica, no solo segun las naciones, sino tambien segun las razas. ¡Qué estrecho parentesco entre el portugués, el italiano, el español y el francés! Puede asegurarse que todos los latinos hemos nacido sabiendo estas cuatro lenguas. Con alguna lectura, con alguna práctica, llegamos por completo á poseerlas, porque los cuatro idiomas se derivan inmediatamente de aquella lengua madre que ha dado su nombre á nuestra raza, de la lengua latina. Y en la mas apartada antigüedad se hallan de tal ley seguros testimonios. Mientras el habla de los pueblos paganos, de los pueblos progresivos, de los pueblos artistas, de los pueblos indo-europeos tiene períodos rotundos, sintáxis complicada, verbo riquísimo en tiempos, en modos, que le sirven para someter pensamientos secundarios al pensamiento capital, frases subordinadas á la frase predominante y soberana; el habla de los pueblos semitas, de los pueblos religiosos, nacidos para difundir el monotheismo, criados en la soledad del desierto, artífices de esa música que parece sollozo del alma y de esa arquitectura que guarda para el interior todas sus maravillas; el habla de estos

pueblos es trilateral en sus raíces, simple en su sintáxis, onomatopeica en sus palabras, cortada en versículos, que se une por el medio primitivo de la conjuncion y que se diferencia de la riquísima variedad del griego y del latin, de las dos lenguas propias á contener y á expresar la varia riqueza del humano pensamiento.

Las lenguas indo-europeas tienen estos caracteres, porque son las lenguas de aquellos pueblos que han pasado por todas las ideas políticas y por todas las formas sociales; que han producido dioses á su imagen y semejanza; que han puesto la direccion de sus Estados en manos de los legisladores, de los tribunales, de los héroes; que han escrito los análisis de Aristóteles y la síntesis de Platon; que han consumido innumerables ideas filosóficas en el movimiento perpetuo y en la renovacion periódica de su espíritu; al paso que las lenguas semíticas son las lenguas de los pueblos religiosos; de los pueblos que han fundado la idea de la unidad de Dios en Jerusalem y en la Meca; que han resuelto casi todas sus formas de gobierno en pura teocracia; que se han dirigido por la voz de sus profetas; que han escrito el Koran y la Biblia; que al coro griego han opuesto la cancion melancólica, y al drama la poesía subjetiva, y la poesía lírica al pensamiento libre, y el comentario perpetuo de sus revelaciones á los dioses, y al Dios-hombre, su Creador único recludo, como en sacro tabernáculo, en la inmensidad de sus cielos. Pues bien, si dos razas fundamentales han llenado la historia antigua, el mundo antiguo, dos razas fundamentales llenan el mundo moderno, la historia moderna, á saber, la raza latina y la raza germánica. Esta ha traído siempre la idea de la individualidad, y ha opuesto la individualidad inmortal sorprendida en el seno mismo de la naturaleza á las fuerzas sociales pero absorbentes, á las instituciones civilizadoras en ciertos períodos históricos, pero autoritarias, de las razas heleno-latinas, mas artísticas, mas humanas si se quiere que las razas germánicas, pero menos dadas á conservar su libertad interior en la sociedad y á oír en la vida el llamamiento de la pronta conciencia.

Es ley histórica irrevocable que la raza germánica venga á destruir las grandes unidades alzadas por las razas heleno-latinas, esas grandes unidades bajo cuyo peso la personalidad humana desaparece y con la personalidad humana la ley de la libertad en la vida. Los preclaros escritores de la anti-